

Imprimir Archivo

Guardar PDF



En memoria del maestro

El escritor Enrique Posada perfila a Manuel Zapata Olivella en el centenario de su nacimiento.

A fondo / 1.15

Manuel Zapata Olivella, mi amigo y mi maestro

Una semblanza del escritor, en el año dedicado a su memoria. Además de su ensayística y relatos y novelas como *La calle 10*, *En Chimá nace un santo*, *Changó, el gran putas*, su obra constituye un aporte a la identidad nacional.

ENRIQUE POSADA CANÓ* - ESPECIAL PARA EL TIEMPO

Al escribir estas líneas sobre mi amigo y maestro literario Manuel Zapata Olivella, y yendo en contravía de mi talante confuciano, no puedo dejar de hacerlo con rabia al recordar todo cuanto hizo en su travesía vital y todo cuanto el país le negó.

Declarado el 2020 como el año que lleva su nombre, me pregunto si basta la memoria para reivindicar la batalla de

dos veces la vida, todo eso restando espacio al tiempo de dedicación a su propia obra.

De ese tamaño era la generosidad de Manuel, a quien en sus memorias García Márquez describió como un hombre cuya "...vocación más dominante era tratar de resolverle los problemas a todo el mundo".

Ese "todo" lo incluía a él, que una mañana, estando yo con Manuel en su cuarto, lo llamé para preguntarle data.



para recordar la vida de un colombiano dedicado como Manuel en cuerpo y alma durante décadas a tan arduas tareas, la mayor: conciliar a sus compatriotas de su identidad como parte, pero diferente, de la raza humana.

O, si además de todo este ceremonial póstumo, del que en absoluto reniego, más humano no hubiera sido concederle en vida una pensión por la que tanto lucharon él y su compañera Rosa Bosch, la Catalana, una mujer tan adherida a Manuel como el hueso a la piel (una novela sobre ella está a punto de salir del horno de la poeta Mariela Zuluaga).

Pero no, ¡aleluya!, este es el año de Manuel Zapata Olivella ¡y qué bien que se reedite su obra completa y que se le hagan al gran novelista, superior antropólogo y hombre cabal, todos los homenajes posibles, con el departamento del Valle, la Universidad del Valle y el intelectual Darío Henao a la cabeza!

Y, sin embargo, no son tanto los aspectos académicos y literarios lo que me incita ahora a escribir sobre Manuel, sino más bien jirones de su larga trayectoria hasta el momento de su muerte el 19 de noviembre de 2004, en el apartamento de Harlem, su hija mayor, en el barrio Minuto de Dios, cuando, asíéndose a mis manos, susurró: "Esta es la última patada errónea de la vida".

Había llegado a ese hogar luego de cuatro años de residir en una habitación del Hotel Dann, situado en la zona histórica de Bogotá, donde con febril empeño escribía o, más bien, garabateaba, con una fe de Bantú, la que sería su novela póstuma: *Itzao, el Inmortal*, inédita.

Era la misma fe que abrigaba en que, al año siguiente (2003), le otorgaran el premio Príncipe de Asturias. Habrían de dárselo, pensaba yo junto con Rosa, no solo por su obra literaria, sino también por la de orden antropológico y por su defensa indeclinable de las negritudes y sus contribuciones al acervo folclórico del país.

Recuerdo: en ese mismo hotel, Manuel dedicó muchas horas a leer y dejar consignadas, en un impagable esfuerzo de sus falanges encogidas, una serie de anotaciones sobre un borrador de mis memorias noveladas *En China*

como para preguntarme detalles de tiempo y lugar de un episodio para ambos memorable: la llegada al mundo de un bebé al que Manuel quiso que la madre cuyo parto asistió lo bautizara Mao.

Dueño de una memoria increíble, Zapata Olivella le dijo que eso había ocurrido en una fecha determinada del año 1950, en un pueblito del Cesar llamado La Paz, donde él ejercía como médico y a donde Gabo y Rafael Escalona fueron a verlo desde Valledupar, solo para incitarlo a desplegar en palabras su sabiduría.

En esa ocasión en que se produjo la llamada de Gabo recabando una ayuda de memoria de Zapata Olivella también se hallaba Rosa, quien desde su silla le hacía señas para que, como me lo explicó después, la charla no terminara sin que aquel le pidiera a Gabo interceder ante el gobierno por el reconocimiento de su pensión. No dio lugar a ningún reclamo esta omisión, pues la Catalana sabía demasiado bien que Manuel nunca se atrevería a pedir un favor así, menos a Gabo, quien requería con urgencia afinar la maquinaria de un reloj que en ese momento construía: *Vivir para contarla*.

Vivía yo en 1964 momentos de desahucio y desempleo cuando, al regreso de una gira literaria de casi seis meses por Cuba y habiendo renunciado como secretario de prensa del Ministerio de Agricultura, debía un año de permanencia, con mujer y dos niños, en el Hotel San Francisco.

Entre sueño y pesadilla, me veía lanzando desde el quinto piso donde habitaba lo que me cabía en una valija, huir luego del hotel, con mi compañera y nuestros dos niños, para partir entonces sin saber a dónde.

Fue cuando le pedí a Manuel, como última tabla de salvación, que me sirviera de fiador para el arriendo de un apartamento, a lo que aquel me respondió con un rotundo "sí"... pues, agregó, no quería cargar con el suicidio de un amigo como yo.

Se alegró tanto como mi familia de la llegada de los tickets de mi primer viaje en febrero de 1965 a China, país a cuyo arribo él me había precedido, primero en 1952, cuando fue allí en compañía de Jorge Zalamea, para participar en el Primer Congreso



Retrato hecho por Nereo López a Zapata Olivella. El médico, antropólogo y escritor nació en Santa Cruz de Lorica, Córdoba, el 17 de marzo de 1920 y falleció en Bogotá el 19 de noviembre de 2004. FOTO: NEREO LÓPEZ. EFE



"A Manuel, García Márquez

lo describió en sus memorias como un hombre cuya 'vocación más dominante era tratar de resolverle los problemas a todo el mundo'".

de la Paz de los Pueblos de Asia y el Pacífico, y siete años después, en 1959, cuando llegó a la patria de Confucio como parte del Conjunto de Danzas de su hermana Delia.

Estuvo entonces en la Universidad de Estudios Extranjeros de Pekín disertando sobre la literatura latinoamericana del momento y, a raíz de ese viaje, escribió el relato *China 6 a. m.* Esta obra hace parte de sus relatos de viaje, entre los que se registran también *Pasión vagabunda* y *He visto la noche*.

Acerca de este último, he buscado en vano en numerosas reseñas sobre Manuel

su obra cualquier referencia alusiva a un episodio que de viva voz me relató, y fue que una vez llegado a Nueva York como parte de su aventurera y primera incursión de varios años en Estados Unidos, se instaló en un hotelito de un suburbio latino y esa misma tarde salió de *tour* en solitario.

De pronto, con la noche encima, se dio cuenta de que no sabía cómo volver, pues había olvidado pedir una tarjeta con la dirección del albergue. Falto de dinero, no encontró más solución que buscar un parque y pasar la noche acostado en una banca.

Al despertar al día siguiente, se llevó la mano a la cara y la sintió humedecida: alguien se la había escupido, y de ahí el título del relato, entre otros episodios vividos por él de ese infamante racismo que aún hoy sigue vivo no solo en Estados Unidos, sino en muchas partes del mundo.

A los libros de relatos sucedieron, entre otras, sus novelas *La calle 10* y *En Chimá nace un santo*, narraciones de denuncia social y develación de la mitología caribe, dos improntas que constituyen el segundo plano de su obra más vocacional y constante, tanto en el género narrativo como en el ensayístico: la de la afirmación de la identidad mestiza del hombre colombiano.

De este voluminoso caudal, la última y obra cumbre de Zapata Olivella es, sin lugar a dudas, *Changó, el gran putas*.

He vuelto a leerla con motivo de este centenario y otra vez me asombra cómo pudo haber en un solo cerebro todo el caudal de la inmensa y ubérrima cosmogonía africana, cómo una mente, por más lúcida que fuera, tuvo la

capacidad para abarcar, con su genio poético y narrativo, el olimpo sin par de las deidades y súbditos de dioses del continente negro.

Están situados decenas de personajes en unos escenarios y unos territorios por completo desconocidos por este oricha sinuano que solo de la mano del poderoso Elegba, abridor de caminos, pudo ubicarse de modo apropiado para escribir como el auténtico bisnieto de esclavos africanos.

Acabo de ver un documental en el que, a los 28 años de edad, el 9 de abril de 1948, unas horas después de asesinado Jorge Eliécer Gaitán, se ve a Manuel Zapata Olivella tomando posesión de la Radio Nacional y, junto con los poetas Jorge Zalamea y Jorge Gaitán Durán, proclamando la constitución de una 'junta revolucionaria liberal'. La emisora quedaba en el segundo piso de un edificio de la calle 26 con carrera 17, parte oriental del cementerio Central, y allí, asomado al balcón, Zapata se quitó la camisa roja que lucía ese día y, a modo de bandera, la ensartó en un palo de escoba y la voló a la multitud en un gesto de insurrección. "Cuando llegó el ejército para retomar la Radio -dijo en una entrevista Zapata muchos años después-, los estudiantes y el doctor Jorge Zalamea salieron en estampida, mientras yo me escapé saltando por las tapias del cementerio. Para mí, el Bogotazo comenzó en el cementerio, mientras que para otros este fue el final del episodio".

*Fundador del Observatorio Asia Pacífico y del Instituto Confucio de la Universidad Jorge Tadeo Lozano, exdiplomático de Colombia en China.